

ECONOMÍA Y SOSTENIBILIDAD

Hay términos que se extienden con sorprendente rapidez, incluso en medios reputados de científicos, sin que dispongan de certificado de nacimiento válido, es decir, sin que hayan sido definidos con precisión. Este es el caso de lo ocurrido con el término 'sostenible', cuyo uso se ha extendido a partir de la economía sin necesidad de precisar aquello que se quiere sostener, como si estuviera claro para todo el mundo. Pero hay que darse cuenta de que el prolongado éxito del término estriba en que sus controladas dosis de ambigüedad le permiten contentar a todo el mundo. Porque, para ayudarnos a convivir con nuestros males, la mente humana es proclive a creer que los problemas y los conflictos pueden solucionarse con conjuros verbales o institucionales, sin necesidad de cambiar el contexto que los genera. Repasemos la historia de este término y sus perspectivas de aplicación, con especial referencia a la escala local y al medio urbano.

Se acaban de cumplir 24 años desde que el Informe Brundtland –titulado 'Nuestro futuro común' (1987)– acuñó el término en el marco de Naciones Unidas, al proponer la meta del 'desarrollo sostenible'. Poco importa que el objetivo del 'desarrollo sostenible' fuera en sí mismo contradictorio. Pues si, como es habitual, el 'desarro-

llo' tiene que ver con el crecimiento de variables físicas, su prolongación en el tiempo se revela por fuerza insostenible habida cuenta las limitaciones de nuestro pequeño planeta. Con el agravante de que la sociedad industrial en expansión –a diferencia de la biosfera– no acostumbra a cerrar los ciclos de materiales reconvirtiendo los residuos en recursos, lo que acentúa su 'insostenibilidad' por escasez de recursos y exceso de residuos. Lo importante fue que la propuesta de hacer 'sostenible' el 'desarrollo' económico, recogió en una sola expresión el afán de conciliar dicho desarrollo con la conservación del patrimonio natural, resolviendo, así, en el mero campo de las palabras, el tradicional conflicto entre desarrollistas y conservacionistas. Los conservacionistas pensaban que la nueva meta recogía sus preocupaciones. Y los desarrollistas lo aceptaron también sin recelo, porque los economistas estaban habituados a perseguir la meta del desarrollo 'sostenido' ('sustained') –en el sentido de evitar que se viera frenado por los desequilibrios cíclicos habituales– y asumieron sin problemas un adjetivo similar: el adjetivo 'sostenible' ('sustainable'). Un nuevo consenso vino, así, a apuntalar las viejas ideas del 'crecimiento' y el 'desarrollo' econó-



JOSÉ MANUEL NAREDO
Doctor en Ciencias Económicas. Premio nacional de Economía y Medio Ambiente en 2000.





mico, que se habían visto zaran-
deadas en la década anterior por
avalancha de críticas que suc-
cedió a la publicación del infor-
me del Club de Roma sobre 'Los
límites del crecimiento' (1971).
No fue la novedad del objetivo
plantado, sino la mayor capaci-
dad para suscitar consenso, la
que lo hizo imponerse sobre las
propuestas similares que lo pre-
cedieron. La idea del 'desarrollo
sostenible' fue un verdadero re-
galo para políticos y empresa-
rios, que podían incorporarla
impunemente en sus discursos
para atraer votantes y consumi-
dores, trascendiendo los anti-
guos conflictos.

Paradoja

La jaculatoria de la 'sostenibili-
dad' acabó siendo un ingredien-
te obligado del lenguaje político
correcto presente en documen-
tos, logotipos y departamen-
tos, en un tiempo en el que la
gravedad de los hechos exigi-
a más que nunca ligar la refle-
xión económica al medio físico
circundante. Resulta paradójico
que justo desde que se enarboló
la meta del 'desarrollo sosteni-
ble', el desarrollo económico
se hizo más insostenible que
nunca, tanto a escala global,
como sobre todo en España, al
multiplicar enormemente su
exigencia en recursos y su ge-
neración de residuos, con los
consiguientes daños ecológicos.
Hasta el punto de que la falta de
resultados inherente a la ambi-
güedad que exige el uso mera-
mente retórico de la idea de 'sosteni-
bilidad', se prolongó dema-
siado, amenazando con deva-
luar el uso de la misma. La insa-
tisfacción creciente que gene-
ra esta situación entre técnicos
y gestores bienintencionados,
ha multiplicado las críticas ha-
cia la habitual ambigüedad del
término y las propuestas orien-
tadas a hacer más operativo su
uso. Así, a la vez que se exten-
día la utilización banalmente
retórica del término 'desarrollo
sostenible', la idea de 'sosteni-
bilidad' a secas cobró vida pro-
pia uniéndose a las de 'estabili-
dad' o 'viabilidad', que venían

siendo utilizadas en ecología
para enjuiciar las perspectivas
de un determinado sistema en
ejercicios más claros y precisos:
se trataba de ver si el comporta-
miento del sistema mejoraba o
empeoraba en su exigencia de
recursos y en su generación de
residuos, analizando su eficien-
cia y sus huellas y mochilas de
deterioro ecológico.

En lo que concierne a los sis-
temas urbanos, existe una lar-
ga trayectoria de planteamien-
tos que sugieren trascender los
enfoques sectoriales y parcela-
rios habituales, para preocupar-
se, no solo de la ciudad, sino
también de su relación con el
resto del territorio. Pues cuan-
do más de la mitad de la especie
humana habita ya en ciudades,
la 'sostenibilidad' de los siste-
mas urbanos depende de cómo
evolucione su relación con el
resto del territorio. Como se pre-
cisó en el documento presenta-
do por la delegación española a
la Conferencia Habitat II, cele-
brada en Estambul en 1997, in-
teresa distinguir entre 'sosteni-
bilidad débil' (formulada desde
la racionalidad monetaria de la
economía estándar) y 'sosteni-
bilidad fuerte' (formulada des-
de la racionalidad de la ecología).
Y, dentro de esta última,
entre 'sostenibilidad local' y 'sosteni-
bilidad global', ya que la 'sosteni-
bilidad local' de las ciuda-
des, y de los países ricos, se ha
venido apoyando en el deterio-
ro global que genera su compor-
tamiento, al utilizar al resto del
territorio como fuente de recur-
sos y sumidero de residuos.

Pero las preocupaciones glo-
bales no deben empañar el he-
cho de que el planeamiento ur-
bano y territorial debe de apun-
tar, sobre todo, a la meta de la
'sostenibilidad' (y la 'habitabi-
lidad') local. Como recuerda el
'Libro Blanco de la Sostenibili-
dad en el Planeamiento Urba-
nístico Español' (Ministerio de
Vivienda, 2010), la principal ta-
rea del planeamiento consiste
en gestionar, en régimen de es-
caz y en beneficio de toda la
colectividad, dos stocks patri-
moniales de primer orden: el de
suelo y el del patrimonio cons-

truido. Y el objetivo de la 'sosteni-
bilidad ecológica' exige, en
primer lugar y sobre todo, ges-
tionar juiciosamente en régi-
men de escasez los dos stocks
mencionados, para atender las
necesidades de la población te-
niendo bien en cuenta las voca-
ciones del territorio, a fin de con-
servar e incluso enriquecer ese
patrimonio natural y cultural
que sintetizan los ecosistemas
y paisajes rurales y urbanos.

Gestionar lo construido

A la vista de lo anterior, el prin-
cipal reto inmediato desde el án-
gulo de la 'sostenibilidad' y de
la 'habitabilidad' urbanas no es-
triba tanto en mejorar la calidad
de la construcción y el urbanis-
mo nuevos, como, sobre todo,
en gestionar la ciudad y el pa-
trimonio construido, rehabili-
tándolos y reconvirtiéndolos
sobre nuevas bases, sobre todo
en países como en el nuestro,
que cuenta con un patrimonio
inmobiliario a todas luces sob-
redimensionado, desocupado
y de dudosa calidad urbanística
y constructiva. Desde el punto
de vista territorial el principal
reto apunta a reorientar las gran-
des bolsas de suelo ya compro-
metido o en construcción, que
en muchos casos supera varias
veces a las del suelo ya constru-
ido, y a reorganizar las superfi-
cies de aprovechamientos agra-
rios y paisajes que se han visto
presionadas por potenciales ex-
pectativas de reclasificación.

Pero el 'statu quo' inmobilia-
rio dificulta la realización de es-
tas tareas. El objetivo estricto
de la 'sostenibilidad' exige, así,
cambiar el modelo inmobilia-
rio que ha venido animando
una enorme burbuja especu-
lativa, paradigma de insosteni-
bilidad. El pinchazo de esta bur-
buja ofrece hoy una buena opor-
tunidad para cambiar ese mo-
delo inmobiliario que tanto
daño ha causado al territorio, a
sus ecosistemas y paisajes, ade-
más de ser causa de grave en-
deudamiento económico, de es-
trés psicológico y bancarrota
moral.